

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

EL PROCESO DE LA IDEA REPUBLICANA EN EL ALMA DE ESPAÑA

LOS hombres que cuentan hoy cincuenta años de edad han presenciado en su medio siglo de vida acontecimientos interesantísimos. Han visto triunfar, en ciencias: la teoría de Einstein, la aviación; en arte: los rasccielos de Nueva York, a Picasso, a Rodin; en política: la guerra mundial, la caída de los antiguos imperios de Rusia, Austria, Alemania, el advenimiento al poder de los comunistas, en algunos países, y del socialismo, en otros.

Una de las cosas más interesantes que hemos podido presenciar ha sido la revolución política en los espíritus, antes de consumarse en los hechos.

El que esto escribe lo ha observado de cerca en el país en donde vive: en España.

* * *

España ha sido tradicionalmente ignorante, pero no por su culpa. La ignorancia del pueblo ha sido política de ciertos elementos mayoritarios y dirigentes. Es la misma política que hemos censurado a España en las colonias y que hacía confesar paladinamente al Rey Carlos IV: «no conviene que se haga general la ilustración en América». Y negaba el derecho para establecer cátedras de inofensivas matemáticas. En España tampoco convenía, ni conviene el que se haga general la ilustración; o conviene que sea unilateral, tendenciosa. Así el clero la regenta. La ignorancia del país no es, pues, espontánea, ni por pereza, ni de vocación. Es obra exclusiva de política, conseguida adrede, meticulosamente.

De igual modo ha sido España, máxime de los Habsburgo para acá, país de poco civismo. País desatento de la política. Le han inculcado que su destino no está en su mano, sino en la

mano de Dios. Qué será lo que deba ser. Lo que Dios y el Rey quieran.

El terreno para semejante *prédica* parece abonado. España es, en el fondo, un país escéptico. Escéptico para cuanto no sea la vida eterna. En el fondo no le presta importancia a nada sino a la eternidad, a la salvación del alma. En la medida que se desentiende de las cosas ultraterrenas, se ocupa y se preocupa de las terrenales, entre las cuales es una de las primeras saber quién nos manda, por qué nos manda y cómo nos manda. Recuerdo cierta frase de un andaluz. Esta frase pinta la raza, mejor que un tratado de psicología española. El andaluz discute con otro y el otro se le enfada. Al enfado, comenta: «a qué te molestas, si vas a morir».

La ignorancia y esta indiferencia para las cosas terrenas,—los extranjeros a menudo no comprenden esta indiferencia, por tanto, la juzgan mal—han solido convertir hasta ahora a los españoles en juguete de los gobiernos, y a los gobiernos en juguete de los Reyes y a los Reyes en juguete de camarillas palatinas, a veces de sacerdotes o de monjas desaprensivos.

Pero los grandes acontecimientos de nuestra época, que no podían ser mantenidos en secreto, una mayor facilidad de viajes, una mayor libertad de prensa y sobre todo la caída ruidosa y merecida de imperios seculares y poderes irresponsables, han servido de escuela a las grandes masas populares de la nación española. El espíritu español del campesino y del hombre de la ciudad, del ciudadano, han evolucionado hacia la ciudadanía.

Esta evolución acelerada por el espíritu avizor de los dirigentes de opinión pública, principalmente los periódicos de las grandes ciudades,—empieza a cuajar sus frutos.

España se ha puesto en pie. No quiere ser más instrumento de la irresponsabilidad dinástica, ni de unos políticos sin pudor que viven de la engañifa y del cubileteo, al servicio de sus propios intereses o de los intereses de la Corona.

La evolución de los espíritus se ha cambiado, dentro de los mismos espíritus, en revolución. Han precipitado esa revolución espiritual los mismos excesos de la irresponsabilidad del régimen y siete años de dictadura sin control.

Esa revolución en los espíritus y la revolución en los hechos que amenaza seguir, como fatal secuencia, es uno de los espectáculos más interesantes a que he asistido.

* * *

Quando vine a vivir en España, expulsado de París por los alemanes, como lo fueron el mismo Presidente Poincaré y su

gobierno, toda o casi toda España era sinceramente monárquica, aunque parece imposible que lo fuera después de 1898. A mí me extrañaba mucho semejante indiferencia por la forma de gobierno; sobre todo en hombres y grupos de hombres acondicionados para sentir los mayores nexos de la democracia y la libertad con la República. Los socialistas decían:

—¿Monarquía? ¿República? Tonterías, preocupaciones de burgueses. Lo esencial es lo otro: mayor salario, menos horas de trabajo, seguros de vejez para los obreros.

Sucedió, sin embargo, lo que tenía que suceder, Los socialistas, despreciando la simpatía y afinidad de grandes sectores de la opinión, se lanzaron a la lucha en 1917; y su huelga revolucionaria, reprimida con rigor sangriento, fracasó. Entonces pudieron observar donde estaban sus únicos amigos, fuera de las masas proletarias. Aun continuaron indiferentes a la forma de gobierno. Pero en 1923 se produjo el golpe de Estado, origen de una abominable dictadura que iba a durar siete años. Esta dictadura ha sido el fundente de varios partidos y divulgada, contra su deseo, del sentimiento republicano.

Conviene saber cómo y por qué se produjo la dictadura. La dictadura fué, primero, la cuartelada de un militar, férvido monarquista. Le parecía un atentado el que la opinión pública pidiese sanciones y responsabilidades por los desastres nacionales en la guerra de Africa y la derrota de Annual que costaron la vida a muchísimos miles de españoles, millones al tesoro y crédito a la nación. Se exigían explicaciones. ¿Estaba el país gobernado irresponsablemente? ¿Qué mano oculta dirigía todo y lo dirigía mal? La opinión se manifestó tan resuelta que aun la corte y el gobierno parecían arrollados por ella. La corona se sintió amenazada, no en sus prerrogativas sino en sus posibles extralimitaciones. Se tendría que dar cuenta al país. Entonces, misteriosamente, se produjo en Barcelona el golpe de Estado. Después se instaló la dictadura militar, se anuló la constitución y se gobernó por el sistema absolutista, sin sujeción a constitución alguna, sin responsabilidad, como en la época de Luis XIV: el Estado soy yo.

Durante esos siete años dictatoriales, que en España llaman «ignominiosos», se fué evolucionando hacia la idea de que la monarquía y la libertad eran incompatibles. Los socialistas, como miembros de la nación, también fueron aceptando tal sentir. Así se ha ido extendiendo de espíritu en espíritu y de grupo en grupo y de partido en partido el sentimiento anti-dictatorial, primero, anti-dinástico después, y, por último, francamente republicano.

En el último movimiento armado contra la monarquía (Diciembre de 1930), los socialistas aparecen colaborando con los republicanos para implantar la República. Fracasado aquel movimiento, siguen unidos.

* * *

Para colaborar con los socialistas el partido republicano que apenas existía antes de la dictadura tenía que haberse constituido como entidad numerosa. Así fué. Aunque dividido en fracciones políticas distintas, el sentimiento republicano se produjo unánime en todo lo más brillante e inteligente de la burguesía. Periodistas, literatos, profesores, médicos, abogados, ateneístas, estudiantes, y alguna oficialidad—sobre todo en el cuerpo de aviadores— y aún algunos sacerdotes—como el de Burgos de Osma— se habían convertido en republicanos.

Innúmeras personas de la burguesía—principalmente entre capitalistas, empleados de Banco, de Bolsa, etc.— que no se sentían francamente republicanos, se declaraban anti-Alfonistas. Otros se decían monárquicos y, sin embargo, no lo eran. Todo el mundo atribuía a la corona la ruptura de la constitución, para escapar a responsabilidades en que hubiera incurrido.

Muchos católicos sinceros que antes suponían unidos la religión y la monarquía, fueron saliendo de su engaño. Y numerosísimos conservadores de buena fe—a quien lo conservador no quitaba lo patriótico ni lo legalista—se confesaron monarquistas, pero no de una monarquía que puede salirse cuando quiere de la constitución. En este número se cuentan los abogados, ex-ministros conservadores don Angel Osorio y Gallardo, don José Bergamín y el Jefe del Partido Conservador don José Sánchez Guerra. Estos eminentes y convencidos, han ejercido mucho influjo contra la tendencia absolutista en ciertas zonas tímidas, vacilantes e incoloras de la nación. Y al predicar contra el absolutismo, herían de soslayo la idea monárquica.

Otros políticos—entre ellos don Melquíades Alvarez, Jefe del Partido Reformista—pedían no República abiertamente sino Cortes Constituyentes, lo que, en el fondo, equivale casi a lo mismo. Un Congreso Constituyente con mayoría republicana instauraría la República.

El pueblo ganado a esta reciente ideología política se condujo, cuando llegó el momento de poner a prueba sus nuevas convicciones, con una energía ejemplar, con una decidida vocación de sacrificio y un imperioso anhelo de triunfo. Es decir, de República

Como se advierte, un nuevo ideal ha aparecido en el alma española. En el alma española se ha realizado, dentro del orden político, una revolución: se quiere que lo que ha sido no pueda volver a ser

Espectáculo magnífico para el curioso de los estados de alma colectivos.—R. BLANCO FOMBONA.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.
Madrid, Febrero, 1931.

LA NUEVA POESIA BRASILEIRA

(SELECCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ALBERTO GUILLÉN)

NO es poesía de salón ni de almanaque. No piensan estos nuevos del Brasil en la señorita suspiradora. Tampoco es poema de elites para todos. Pan de cada día, caliente del horno, donde se cuecen ideas, imágenes, bollos líricos.

Corre la vena de esta poesía como la acequia regadora del lechugal. A veces se mete en la ciudad. Pero el agua no olvida el panorama que recogió en el campo. Voz de pueblo, para acompañarse con el violón de los vientos. Canción empecinada en cualquiera esquina aldeana. Raíz en la tierra del Brasil, fecunda, maravillosa, musical. Cada negro es un instrumento en la sinfonía. El sabiá, (nuestra alondra) es, más bien, un tic literario. . .

La poesía brota tibia de los pezones de la tierra, borboteante de lirismo y succulenta como la leche de las vacas.

Lejos de la literatura. Vuelta a la voz pura de la tierra. Nativismo. O el famoso color local. Nada de cantar en cifra. Ni de hacer poemas-acertijos, donde las imágenes hacen de palabras cruzadas. Y este poeta, ¿qué querrá decir?

No, este poema nuevo del Brasil, esta voz potente y sana, ingenua y pura, tiene la sencillez de las primeras cantigas.

¿Qué es un poco bárbara? Quizá.

¿Qué tiene del balbuceo primitivo? Quizá.

Pero sea en buena hora, sobre la tierra de labor de nuestra América, este vientecillo joven que viene del Brasil. Este remozamiento que nos viene del país inmenso y niño, cuando nosotros, tantos de nosotros, la mayoría de todos nosotros, poetas de las Américas, andamos cogiendo imágenes con trampa, o ensayando meticulosamente el calco de las caligrafías europeas. Esto me hace recordar a aquel viejo sastre chino a quien se le